



Van Dyck

mas romanas dominaban el mundo, todo el mundo vestía a la romana, y los generales de Luis XIV, al triunfar en los campos de Europa, no sólo imponían el francés en el protocolo de los diplomáticos, sino casacas, pelucas y corbatas de encajes en el guardarropa de los elegantes. Solamente después de Waterloo se consideró que era de buen tono el corte de las levitas, la forma de botas y sombreros de los jinetes de Hide-Park.

España, según esta ley, impuso unas veces su manera de atavío y otras—las más, naturalmente—recibió los patrones que exportaba alguna Corte prestigiosa, Roma o París, Londres o Viena. Es lo más frecuente, como sucedía en todos los países de cultura occidental, que los españoles, provincianos de una u otra metrópoli del gusto, procurasen copiar las modas de los elegantes más afortunados que bebían directamente en las mismas fuentes. Apenas habían procónsules y pretores domado la altivez de las tribus celtibéricas cuando ya los personajes más ricos y prestigiosos de las ciudades aun mal ro-

PROVINCIANISMO, CASTICISMO Y PRIMACIA EN LA MODA VARONIL ESPAÑOLA

Por el MARQUÉS DE LOZOYA

Si Antonio de Nebrija dijo algún día que andaban unidos la lengua y el Imperio, cualquier Petronio de su tiempo pudo haber afirmado, con idéntica exactitud, que también la moda y el Imperio suelen andar juntos los caminos de la Historia. Que cuando las ar-

manizadas procuraban imitar las maneras y los atavíos de los elegantes patricios de los últimos tiempos de la República y de los albores del Imperio. De ellos se burla sin piedad su paisano Marcial. Y, luego, los próceres visigodos quieren copiar, en la disposición de sus mantos y de sus joyas, de una riqueza un poco tosca, el atuendo de los cortesanos de Bizancio. En la Edad Media hay una dualidad de influencias que viene a producir, al confundirse en las Españas, el efecto de cierta originalidad. Por una parte, las gentes del Andalus procuran seguir en sus atavíos a los cortesanos de Haroun-al-Raschid, y algún intelectual recién llegado de Oriente, como el poeta Ziryab, se convierte en el árbitro de las modas cordobesas; por otra parte, los guerreros del Norte imitan los modos de vivir de la aristocracia feudal centro-europea, y con los cantares de gesta y las leyes de la caballería vienen las nuevas formas de armaduras y de lorigas y los complicados jeroglíficos de la heráldica. De aquí este singular entronque de dos culturas tan refinadas y diversas que da a todo lo español, en la Edad Media, un acento singular. Cualquiera rico-hombre español del siglo XII cubría la armadura, de modelo francés, con el burnus musulmán y acaso tocaba su cabeza con el turbante. Si se vestía con trajes ricos en fiestas palatinas, las piezas del indumento eran de corte centro-europeo, análogas a las de cualquier barón ribereño del Rin o del Sena; pero solían estar cortadas en una tela fabricada en Almería, según los modelos persas, con grandes círculos conteniendo alimañas fantásticas y con inscripciones cúficas de bella caligrafía.

El siglo XIII, con el matrimonio alemán de San Fernando, con las pretensiones de Alfonso X al Imperio, con la venida de artistas franceses y renanos para la obra de las grandes catedrales, marca uno de los momentos en que España está mejor situada en la órbita centro-europea; pero, sin embargo, era imposible desterrar de todo aquel acento musulmán, que viene a ser como el matiz distintivo de todo lo hispánico. Recientemente se ha abierto en las Huelgas de Burgos la tumba del infante don Alfonso de la Cerda, primogénito de Alfonso el Sabio. Por rara excepción, el sepulcro estaba intacto y la momia y el atavío maravillosamente conservados. Nada tan emocionante como el ver aparecer, al cabo de siete siglos, al joven caballero con las ropas, las joyas y las armas con que le habían adornado, para el último sueño, las piadosas manos maternas. Todavía cubría su cabeza el casquete cilíndrico, de gusto francés, totalmente bordado de perlas alternando los jaqueles heráldicos de Castilla y León, entre un doble círculo de

oro y pedrería. El cuerpo estaba aún revestido de la *gonela* (especie de casulla) de seda blasonada, que estuvo aforrada en pieles, como la túnica, del mismo tejido. Entre las vestimentas serpeaba el cinturón, bordado de abalorios, con virillas de oro y riquísimo hebillaje de esmaltes, regalo de un príncipe inglés. En las finas manos, enclavijadas al puño de la espada, brillaban a través del polvo los rubies y la esmeralda de la sortija, y los cincelados acicates aun permanecían sujetos a los pies descarnados. Pero, en este conjunto centro-europeo, las telas árabes de que está revestido el ataúd venían a recordarnos que estábamos en España, encrucijada de dos civilizaciones. En todo el siglo XV no es posible distinguir, en los donantes de los retablos, en las estatuas tumulares o en las miniaturas de los códices, a los caballeros castellanos de los de cualquier lugar de Europa, salvo en alguna laceria o ataurique mudéjares que se escapan en las labores de un vestido o en el bordado de un almohadón.

En el reinado de Felipe II, después de las victorias del duque de Alba, España impone el castellano como lengua de las cancillerías y como idioma literario que todo europeo bien educado se preciaba de conocer; pero impone también su traje cortesano, que viene a ser el de etiqueta en toda Europa. Era, ciertamente, el más elegante, el más cómodo, el más señorial. En tanto, los lansquenetes alemanes gironaban sus hopalandas con todos los colores del iris y abullonaban, de mil fantásticas maneras, mangas y gregüescos, y los caballeros franceses de Enrique III se cubrían de encajes, de bordados y de plumas, los hidalgos de España se vestían con la holgura y la simplicidad que correspondía a su condición de trotamundos: jubón, calzas y ferreruelo, todo ello de finísimo paño negro de Segovia, con el hábito rojo o verde por único adorno. Y, rodeando la altiva cabeza como una aureola, sosteniéndola enhiesta, el cuello armado y rizado con sus puntas de randas, que era a la vez tormento y gala. Este fué el traje que había de vestir en todo el Occidente cualquier persona de distinción. Van Dyck retrató con él a los marqueses Brignolle-Salle, y Rembrandt a los ciudadanos de Amsterdam, libres del yugo, pero no de la moda española. Ya era en Madrid anticuado este indumento y aun se imponía en la Corte de Viena, siempre tradicional.

Suele suceder en la historia de las costumbres españolas que, en momentos de depresión, a raíz de grandes reveses militares o políticos, sobrevengan períodos de casticismo, en los cuales se detesta lo extranjero y se busca lo español en la fuente que se supone más pura: el fondo popular del país. Después de 1640, vencida en Rocroy la Infantería española y perdido Portugal, hay como un desenfadado en los hábitos y en las costumbres de los cortesanos de Felipe IV, que quieren imitar el desgarrado de los más bajos fondos sociales. Los caballeros peinan tufo a estilo de los chulos—ya se emplea esta palabra—, se embozan en inmensas capas y cubren su frente con el gran sombrero terciado. Recordad aquellas maravillosas figurillas—reflejo el más exacto de toda una época—que pintó Velázquez en la vista de Zaragoza de Mazo. Todo el siglo XVIII



Goya

